

# Varia

## Nomenaje a Federica Montseny: Federica Montseny, una mujer sin partidos\*



Isabel ESCUDERO  
Departamento de Didáctica  
LINED

Dios me libre de hacer aquí ninguna glosa histórica ni personal de Federica Montseny. Dejo en paz su Nombre Propio, que ya bastante lo han zarandeado y capitalizado los de Arriba. ¡Nunca se ha visto una tan decidida voluntad de asimilación y recuperación política! Si, ya se han encargado sobradamente las autoridades del Gobierno –sobre todo las autoridades hembras ¡vaya contradicción!– de convertir a Federica en Patrimonio del Estado. Ya veis como con una simple operación de Marketing (Marketing de Estado que hoy día es igual que Marketing de Capital, es decir con su propaganda y difusión cultural correspondiente) todo se asimila y capitaliza. Se recicla como se dice hoy. Ya se han apropiado y borrado, de un plumazo todo lo que en Federica hubiera de rebelde: de contrario y hasta de radicalmente incompatible con el estado de cosas de la actual Demotecnocracia que padecemos. Al menos ese era el intento del mecanismo depredador, puesto en marcha por el Sistema mismo (lo de menos son los personajes de turno, que incluso con buena intención, den cara y voz a esa letal operación de reciclaje). No nos distraigamos pues en maquiavelismos ni paranoias personalistas. Lo cierto es que no ha habido ningún pudor en esta pretendida voluntad de asimilación. Así se han dado prisa y celo en enterrar a Federica, y de paso –aprovechando el entierro– enterrar a la Anarquía misma, por si todavía podía molestar, sobre todo ahora que con la caída del Modelo Comunista (o sea el Oponente histórico), el Modelo triunfante Tecnodemócra-

ta, o sea el Capitalista, queda como Modelo Único y soberano en el Progreso de la Historia. Pero no vamos a entrar aquí ahora a escarbar en las razones del miedo del Sistema triunfante. Bástenos decir que ese miedo es, paradójicamente, más hondo cuanto más alto y prepotente sea el Coloso, sobre todo cuando el propio Coloso sospecha de sus pies de barro.

Continuemos con la cuestión de la apropiación que se ha hecho sobre Federica: a la que en su vida no se había prestado atención, sino evidente hostilidad desde el Poder, a ella y a todo lo que ella encarnaba, tanto en su militancia política como en el exilio. Lo cierto es que ahora, por si había y hay algo de razonable, de intemporal y siempre vivo, de palpitante y actual en ella, ya se han prestado desde podios periódicos y televisiones a convertirlo definitivamente en algo muerto, en Personaje histórico, enterrado con Nombre Propio en la Enciclopedia de la Historia, y encima, para más "inri" amadrinada a bombo y platillo por dos o tres eximias representantes del Régimen. (Creemos que es tácticamente recomendable volver a retomar sin miramientos aquel denostado y viejo término: *El Régimen*). ¡Qué oportuno políticamente –en el peor sentido de la política– éste aprovechar los cadáveres para las causas que en cada momento sean rentables! Se ha argumentado por ahí en podios, periódicos y televisiones que es en razón del "feminismo" pionero de Federica que se la enarbola y celebra. Pero no recuerdan que ella misma dijo: "¿Feminismo? ¡Jamás! ¡Humanismo siempre!". Sí, seguramente toda-

\* Ateneo de Madrid 25 de Febrero de 1994.



Federica Montseny junto a su compañero Germinal Esgleas, en Barcelona, en 1929.

vía con la buena intención de creer que eso del Hombre era algo bueno y libre, en lo que por fin se unirían gloriosamente los hombres y las hembras. Sin duda, Federica, amparada por su ciega confianza en la gente no advertía entonces que eso del Hombre y el Humanismo darían en caer bien pronto –con el Progreso– en una nueva Religión, la del Individuo, (hoy le llaman Persona), adornado con eso tan prestigioso de los derechos y deberes humanos que en la práctica, bien lo sabemos, no son más que palabras huecas a fuerza de repetir las vanamente. Un fiero Individualismo, un Personalismo cada día más sacralizado donde el Hombre (eso sí, el Hombre de los Países Desarrollados –los otros son más bien todavía monos, monos en horda, que se suponen tienen que evolucionar hasta llegar a eso del "individuo"–), el Hombre Desarrollado se ha confirmado más que nunca como Rey de la Creación, y se promociona y contempla con infinita autoalabanza, como Dios de sí mismo y sus actos en la nueva Religión de la Ciencia y el Dinero y

su fé: EL CREDITO. Y en ese Humanismo Tecnotocrático ya quedan pocos rastros de mujeres "vivas" porque el modelo progresado es el del Hombre; y a ese hay que acceder, inevitablemente, lo mismo que los Países Subdesarrollados –o del Tercer Mundo como se dice– tienen que acabar, por inevitable Destino, pareciéndose al Primer Mundo. Así que por esa regla de tres si algunas mujeres querían o quieren progresar, pues ya se sabe, ¡hacerse un hombrecito como Dios manda!, y a eso tan fatalmente masculino se le llama también paradójicamente "feminismo". Nos hemos detenido un momento en este punto porque conviene aclarar de una vez, aprovechando el uso y abuso como "feminista" se ha hecho de Federica, que hay que distinguir entre Progreso de la Mujer que eso sin duda sí lo hay a cada momento (entendiendo por Progreso lo que como tal se ha configurado patriarcalmente) y otra cosa que sería *liberación* o *libertarismo*, o libertad simplemente: si así se le quiere llamar, pues no sólo son contrarios, sino probablemente incompa-



tibles. Puesto que eso de la "liberación de la Mujer" implicaría en primer lugar –necesariamente– la liberación de la "idea" de la Mujer; lo que arrastraría automáticamente una disolución de la "idea" de Hombre, lo uno va con lo otro. Ya Federica apuntó, en algunos de sus discursos públicos, contra este acendrado obstáculo proponiendo incluso alguna ocurrente posibilidad: "¡Todos iguales y niños!". Así que si algún feminismo, por llamarlo de algún modo, había en Federica Montseny, era desde luego de este signo liberador y no del lado de la aceptación incondicional del progreso mimético al Modelo de Progreso Patriarcal, (que es a todas luces el que ha prosperado en casi todo el mundo capitalista). Así que por ahí quede bien claro que, lo más honesto sería primero distinguir y no celebrar la procesión con santos ajenos.

Pero sí, como decíamos, Federica, al proclamar y defender el Humanismo, tenía todavía fe en el Hombre, o dejaba ya entonces de desconfiar del Hombre con Nombre, del líder, del que dice que Sabe, del Salvador. Ella misma dijo en repetidas ocasiones, parafraseando a Zapata, que: "Un gran Pueblo no necesita de un gran Hombre", y por lo tanto de ninguna gran Mujer. Así que no vamos nosotros aquí a contradecirla inflando –como se hace generalmente con los muertos– sus virtudes personales y políticas, que aunque fueron muchas y célebres, no por ello la hicieron caer a ella en la consagración del Líder de Masas, sino que más bien su liderazgo era casi tan "natural" –por llamarlo de algún modo– porque sabía ella *hacer de pueblo*, dar viva voz a la voz popular y el sentir de la razón común, cuando acierta a decir No, un no vivo que es al mismo tiempo palabra y obra. Su voz, aunque fuera la de su boca, fue ante todo una voz más, popular y anónima: "hablar en anarquista", como ella decía; porque siendo ella, como era, una gran mujer, supo hacerse pequeña y común como cualquiera y así se multiplicaba su voz de boca en boca, tanto que muchos la llamaban: "la mujer que habla".

Y ese No popular de Federica sigue hoy tan vivo o más que entonces en el descontento popular, y en esa desconfianza reciente que hace a la gente corriente y moliente decir ante el Gobierno de turno que les toque padecer: "¡Son los mismos perros con diferentes collares!". Ese No radical, anterior a cualquier reivindicación hacia lo Alto, ese rebullir disconforme por debajo de cualquier Ideología de Partido, esa perma-



Federica Montseny durante una entrevista, en 1979, en su casa del exilio en Toulouse.

nente insatisfacción popular ante el "cambiao" de la vida por sustitutos, ese sabio reconocimiento de la gente cuando dice: "¡esto no es vida!". En ese aliento, de anarquía y sentido común, sigue Federica tan viva como entonces. Que no se tenga miedo, pues de no ser mayoría contabilizada, tan acostumbrados como nos tienen a esa contabilidad nefasta del recuento democrático y hasta sindical para saber cada uno quien es y donde está. No usemos nosotros también



la contabilidad ni la identidad de ningún carnet para contarnos, que esos son los procedimientos del Estado y el Dinero. Bástenos con sentir que aquel pensamiento anárquico que nos legó Federica, hoy está tanto o más vivo que entonces en la creciente desazón popular; y hasta sería razonable y de sentido común considerar legítimo estimar como libertarios a los que aún siguen diciendo No. Que no nos debe preocupar tampoco entrar en la Historia, muerte de la vida (porque quizá lo más glorioso de la Anarquía es que ni Dios consigue meterla en la Historia).

Y finalmente, se ha dicho y se ha escrito también estos días, que si a Federica la han celebrado tanto las ministras del Gobierno, es porque ella fue la primera ministra. Así fue en realidad. Ella fue –no por mucho tiempo– ministra asumiendo así una dura contradicción que la hizo enfrentarse a muchos de sus compañeros, y hasta disgustar a amigos y familiares. Pero hasta de la contradicción supo sacar inteligencia y ejemplo. Nunca se ha visto a nadie que como Federica asumiera con más honestidad y lucidez esa contradicción: no sólo estuvo permanentemente alerta para que, como ella decía, el Poder no la tomara a ella cuando ella le tomaba, sino que constantemente discurría de viva voz ante el pueblo, dando razones públicas sobre esta y otras contradicciones, rompiendo con valentía las barreras de lo "público" y lo "privado", *dando vida a la contradicción* y haciéndola palpar en las contradicciones de cada uno. No resolvió, como es habitual tanto en política como en la vida misma, su contradicción cómodamente; ni se apoltronó en su decisión, sino –muy por el contrario– constantemente la sometía a revisión pública y si venía al caso hablaba contra su cargo y contra el poder, que ella misma representaba. Así que, al menos, sería de desear –a cambio del uso que las señoras ministras del presente histórico han tenido a bien hacer de ella– que no estaría mal que ellas mismas tomaran nota, de cómo se vive honestamen-

te una contradicción política. Y si viene al caso –y sin más– desde sus poltronas ministeriales se lancen a despotricar, sin dolerles prendas, contra eso que ellas mismas representan. Por ejemplo: desde la poltrona ministerial de Sanidad y Consumo se podría –con no poca razón– denunciar un Sistema Sanitario que no se preocupa antes de nada de cambiar las nefastas condiciones de vida, que hacen que esas vidas enfermen para luego tener que curarlas. Como si las vidas y la salud de las gentes dependieran de un extraño muñeco autómatas con dos manos, y que, mientras con una mano les va descalabrando con la otra les va poniendo tiritas en las heridas. O bien, desde la poltrona ministerial de la Cultura, aclarar de una vez que la Cultura es hoy el Poder Superior es hoy la última forma más refinada y poderosa del Dinero –idea de las ideas–; y que hoy se invierte en Arte como el más rentable de los negocios, bien lo saben los Bancos y la Administración cuando promocionan la firma del Autor (no importa que la obra de arte sea mala o buena, lo que importa es la firma). O denunciar también desde la poltrona ministerial de los Asuntos Sociales, que esta Sociedad, bajo el dictado de los medios de Formación de Masas –eufemísticamente llamados de Comunicación– no es otra cosa que Mercado, y que el tiempo de la vida es dinero también; y que se gasta como se gastan las edades en primera, segunda, tercera y hasta cuarta si ha lugar. O cualquier otro gesto de duda o descreimiento, de lo que por allí Arriba se cuece. ¡Ay! si al menos valiera para algo de eso –para alguna pérdida de Fé– el trato que estos días se han traído las señoras ministras con Federica, bien lo daríamos por bien empleado. Pero no: lo más probable es que todo haya sido –como se suele decir– una coyuntura histórica aprovechable; y que la ceremonia no haya sido más que el entierro de su Nombre Propio y el desprecio de sus obras, olvidando cuán necesarias, vivas y útiles, son todavía sus enseñanzas. ■